

## LA CAIDA DE UN CÉSAR

TRES americanos de cada cuatro optaban, el lunes 5 de noviembre, por la dimisión o el impeachment del Presidente Nixon. El mismo día, el semanario «Time», que tenía a gala no haber publicado jamás un editorial desde que se fundó, hace más de medio siglo, rompía su principio: el primer editorial de su historia ha sido para pedir la dimisión del Presidente Nixon, porque «ha perdido irremediablemente la capacidad de gobernar con eficacia». «Time», publicación conservadora de gran prestigio nacional e internacional, había apoyado a Nixon en sus campañas electorales y está alineada con el poder. El fuego lo habían roto el domingo otros periódicos: el «New York Times», de alcance nacional —tenido por una Biblia periodística—; el «Detroit News», el «Denver Post», de alcance regional; periódicos que un año antes —día por día— habían sostenido la campaña de Nixon. El partido republicano trata penosamente de desembarazarse de un Presidente que pueda hacerle perder las elecciones de 1976 (tras la caída de Agnew y el desmoronamiento del equipo Nixon, pocas probabilidades hay ya de que las gane). El Congreso continúa adelante sus procedimientos para el impeachment; el poder judicial sigue adelante con la cuestión, tras el episodio de las cintas comprometedoras desaparecidas. La opinión internacional se ha hecho más ruda que nunca después de las consecuencias para el mundo de la crisis del petróleo y de la alarma nuclear del 25 de octubre. Elementos que podían ser de apoyo, como el Premio Nobel a Kissinger, se han convertido ahora en algo cómico y sucio. La Unión Soviética, que había hecho lo posible por sostener al Presidente, para mantener la coexistencia que éste llevó adelante, le abandona ahora, al verse amenazada directamente. Quedan, apenas, los chinos: Chu En-lai ha declarado que esperaba ver a Nixon salir de este paso tan difícil. Es el único jefe de gobierno que ha mantenido una posición similar. Prácticamente, ya nadie se pregunta si Nixon va a dimitir, sino cuándo va a dimitir.

SIN embargo, la Casa Blanca ha desmentido por tercera vez en tres días los rumores de dimisión. El jueves por la tarde, Nixon tomó su avión y se fue a su casa de Florida: iba solo, sin familia, sin los periodistas, que suelen acompañarle en estos desplazamientos; se dijo que iba a meditar la forma de su dimisión, y fue entonces cuando su portavoz oficial emitió el tercer mentís. Pero Nixon no había vuelto el lunes a la Casa Blanca, aunque ha pasado algunas noches en la residencia de la montaña de Camp David. En Florida ha recibido a su equipo de abogados, dirigidos por el que sigue siendo su leal amigo, J. Fred Buzhard. Se dice que está estudiando, con ellos, la situación. Pero, ¿qué situación? La versión más corriente es la de buscar la forma de seguir luchando; pero existe también el rumor de que lo que Nixon y sus abogados están preparando es ya la defensa que habrán de hacer ante los tribunales de justicia, una vez que la dimisión, o el impeachment, hagan desaparecer los privilegios presidenciales y se convierta en un ciudadano común.

ES ir demasiado de prisa. El Congreso y el país necesitan que haya antes un sustituto; están acelerando los procedimientos para ratificar el nombramiento de Ford como vicepresidente. De no producirse esa ratificación antes de la caída de Nixon, tendría que ser proclamado Presidente, por la constitución, el «speaker» de la Cámara, Carl Albert, lo que entrañaría quizá otra crisis, porque Albert es demócrata, y el partido demócrata perdió las elecciones pasadas. El propio Albert está haciendo lo posible para retrasar el procedimiento del impeachment y por acelerar el de la ratificación de Ford: no quiere ser Presidente en estas condiciones. El problema de Ford es que nadie le ha tomado nunca en serio: era un representante de Nixon en el Congreso; se dice de él que jamás ha pensado una sola cosa antes de que la haya pensado Nixon, y que a veces tampoco las ha pensado después, y se ha limitado a exponerlas. Es un «favorito», se dice. Pero no hay otra solución. Las primeras audiciones de Ford han comenzado ya. Una reciente proyección en la televisión española, la de la antigua película «Tempestad sobre Washington», ha mostrado al público hasta qué punto una investigación del Senado puede ser dura, cruel incluso, al revisar toda la vida pasada y presente de un alto funcionario nombrado por el Presidente. A Gerald Ford le han preguntado ya por sus cuentas, por sus visitas a psiquiatras y médicos, por su vida conyugal y extraconyugal; los informes policíacos, los confidentes, envían sus notas a los senadores. Ford está dando sensación de franqueza, de buen humor. Este hombre insignificante aparece ahora rodeado de una nube de agentes secretos, de guardaespaldas, de

periodistas, de senadores; se ha convertido en el eje de la vida nacional. La encuesta debería durar toda esta semana y parte de la siguiente: es muy posible que se acelere, para tener instalado y decidido el vicepresidente en cuanto Nixon desfallezca.

¿NO hay otra salida? El senador Fortney Stack, demócrata, ha apuntado un peligro: el de que algunos jefes militares puedan dar un golpe de estado que sostenga a Nixon en el poder. Es un reflejo chileno: si en el país se ha perdido la autoridad, si los ataques al Presidente suponen un desprestigio para la nación, si el supuesto enemigo (la URSS) trata de aprovecharse de esta debilidad para emprender una acción de mayor envergadura, los jefes del Pentágono tendrían la misma razón que esgrimieron en Chile... Y el Pentágono es el departamento donde más amigos tiene Nixon. La crisis mundial del 25 de octubre habría estado montada en ese sentido: en el de justificar una alarma nacional. El senador Fortney, según el corresponsal de Europa Press en Washington, habría dicho estas palabras: «El Presidente podría fácilmente inventar un supuesto estado de emergencia nacional, decir a sus generales que tomen el mando y ordenar a los miembros del Tribunal Supremo y del Congreso que se vayan a casa»; supone que existe «una élite militar aristocrática» que podría intentar el golpe de estado militar. Aunque algunos periódicos europeos —especialmente en Italia— han acogido estas declaraciones y otros rumores en el mismo sentido como una posibilidad sensacional, nadie cree realmente en los Estados Unidos que pudiera suceder una eventualidad así. Es impensable. No obstante, los límites de lo impensable han sido desbordados ya en los Estados Unidos, como escribía el domingo 4 el corresponsal del «Observer», de Londres, en Washington, al reparar los sucesos de esta situación: «Lo impensable, gradualmente, se hace pensable». Un golpe de estado en Washington es algo que hasta ahora sólo han esbozado algunos novelistas de política-ficción. Pero si pensamos en cuántas predicciones de los novelistas de la utopía negativa se han ido realizando en los últimos años, no podemos descartar enteramente ésta, ahora o en el futuro inmediato. No hay ninguna razón para pensar que movimientos que los Estados Unidos han respaldado, apoyado o creado en otros lugares del mundo, dándoles incluso doctrina política y filosófica, no vayan a adoptarlos en su propio lugar del mundo. Nixon precisamente, durante su vicepresidencia —con Eisenhower, y con Foster Dulles como secretario de esta-

Nunca la popularidad de Nixon había sido tan baja. Las voces, antes casi susurros, que pedían el «impeachment», son ahora auténticos clamores. La Casa Blanca se ha visto ya obligada a desmentir por tercera vez en tres días consecutivos los rumores, cada vez más insistentes, de una próxima dimisión del Presidente.







A Nixon ya no le quedan más que maniobras jurídicas, argucias, o bien actos dictatoriales como los que ya ha realizado con el despido de Cox y el «saqueo» del ministerio de Justicia. El Presidente ha perdido irremediamente la capacidad de gobernar.

do—, fue un brillante defensor de estas formas peculiares de sanear los países y la política internacional. De todas formas, la eventualidad aparece en estos momentos tan absurda, tan disparatada, que no merece la pena perderse en especulaciones sobre lo que supondría para el mundo entero un acontecimiento de ese tipo, en el que probablemente los golpistas prescindirían, en primer lugar, del propio Nixon. La hoy impensable eventualidad podría también tener otra vertiente: la de que el golpe se produjera si Nixon llegase a vencer el terrible acoso a que está sometido por todas partes y se reinstalara en el poder.

**N**O parece ya probable esta salida. Advirtamos que los principales editoriales pidiendo la dimisión de Nixon ya no se refieren al fondo de la cuestión —el espionaje de Watergate y sus conclusiones económicas con grupos de presión—, sino a que la pérdida de prestigio ha llegado a tal extremo, que es muy difícil de superar. La mujer del César no sólo debe ser honesta, sino parecerlo. Más aún el César mismo. A Nixon ya no le quedan más que maniobras jurídicas, argucias, o bien actos dictatoriales, como los que ya ha realizado con el despido de Cox y el saqueo del ministerio de Justicia (cuando Nixon destituyó al fiscal especial, profesor Cox, el adjunto de éste se quedó en su despacho para entregarlo al nuevo fiscal; Nixon envió a los agentes del FBI para que le echaran literalmente a la calle, aunque luego este dramático error se rectificó), pero no le queda ninguna posibilidad de hacer resplandecer su inocencia más allá de toda duda posible, de recuperar el prestigio que tenía aún hace un año, cuando fue reelegido —y no olvidemos que fue reelegido cuando ya se conocían detalles del Watergate—, o de mantener la credibilidad necesaria. Como dice «Time», la cuestión es ya irreversible, y la capacidad de gobernar la ha perdido Nixon irremediamente. El hecho de que sigiera gobernando sin tener esa capacidad no sería, por otra parte, nuevo en la historia.

## Los Contem pora neos

### LOS PASOS CONTADOS

Don Ricardo de la Cierva, director general de Cultura Popular, ha pronunciado una frase sensata al inaugurar el curso del Ateneo de Barcelona: es una condena —oficial, por

suya— de los asaltos, incendios y amenazas a las librerías. Espero con bastante emoción las palabras que pronuncie en la reapertura del Ateneo de Madrid. No sé si para entonces la locución del señor De la Cierva se habrá hecho balbuciente a causa de la ancianidad ni si yo habré de escucharle con una trompetilla para vencer la sordera senil; pero estoy seguro de que, llevado en volandas por mis bisnietos, tendré la ocasión de asistir. Este país no es para los impacientes, como dice que lo es el señor Ruiz Gallardón en un artículo de «ABC», confesando su desasosiego por la tardanza en la apertura de la participación. «¡Tan largo me lo fiáis!», decía el Don Juan de Tirso cuando le hablaban seriamente del futuro: y se condenó. Como se condenó Paulo, el «Condenado por desconfiado». Es admirable lo fácil que es condenarse en España, según la línea teológica que va desde Tirso de Molina a «Fuerza Nueva»; puede que ésta sea una de las cosas que venga a tratar monseñor Casaroli, secretario de Asuntos Públicos del Vaticano (dicen que el señor López Rodó, cuando le recibió en Barajas, pronunció estas palabras: «Me asombra, monseñor, lo fresco de su tez»). Aquí se condena uno, y no sólo al fuego eterno, por impaciente: son las estatuas —¡tiempo de Tenorios!— las que dicen la última palabra. La piedra. Y se condena uno por desconfiado. Una voz de autoridad ha dicho hace unos días que debemos ser leales al futuro. Y está claro que el futuro no es el presente ni el pasado.

Pero hablábamos del Ateneo. Ha más de un año que sus puertas se cerraron, física y metafísicamente. Físicamente, en razón de unas obras de

renovación y mejora del edificio, entre barroco y «modern style», que podría venirse en ruina si se le dejara como estaba; metafísicamente, por razones de la abstracción ju-

rídico-administrativa, acerca de si existió o no existió nunca una sociedad así llamada y su funcionamiento fue fantasmal. La enorme y cómoda biblioteca del Ateneo hubiese sido el sueño de un incendiario, de un neoincendiario. Se reunían allí obras como las que pueden contener varias docenas de librerías. Allí deben estar, ordenadas, mudas, silenciosas. La sabiduría de las amas de casa españolas ha inventado el refrán de que «una mudanza equivale a dos incendios»: ¿a cuántos incendios equivalen la mudanza y las obras del Ateneo de Madrid? ¿Cuántos atentados de los jóvenes bárbaros contra las librerías españolas serían necesarios para conseguir el mismo efecto demoleedor para la cultura que el que supone el prolongado cierre de la biblioteca del Ateneo de Madrid? Vamos, aprendices...

Por la misma razón inversa, ¿qué fuerza superior para contrarrestar estas pequeñas quemaduras de libros no tendrían la reapertura del Ateneo, la restauración de sus socios, sus juntas generales, su directiva electa y el enriquecimiento continuo de su biblioteca?

Acatando nuestra lealtad al futuro, esperemos que el nuevo director general de Cultura Popular consiga esta restauración del pasado; y esperemos verle en la tribuna de la vieja y querida sala pronunciando algunas palabras rituales en defensa del libro. Si su barba es ya blanca y florida, si mis piernas son enclenques, será que el futuro no es todavía de este tiempo. Pero no hay que desconfiar, no hay que caer en el vicio de la impaciencia. Si este es el país de los pasos contados, vayamos contándolos, uno a uno. Sin perder la cuenta.

POZUELO